

# **“ESTABLECER UNA SOCIEDAD MULTIÉTNICA Y PLURICULTURAL EN UN ESTADO DE JUSTICIA”**

## **El diálogo intercultural en Venezuela**

*P. Pedro Trigo, S.J.*

### **Abstract**

We are a multiethnic and multicultural country although the modernization process and now the globalization one make us all alike in certain ways. In our country coexist several different cultures: Indian, afro-american, peasant and creole as traditional cultures, and suburban and western worldwide as contemporary ones. The first three and the suburban are below-ranked cultures, the creole and western worldwide are dominant. The dominant cultures have an ethnic western underground with some westernized people. The peasant and suburban cultures are composed mainly by people of mixed-races. The other two are obviously indians and blacks. However, the multiethnic character tends to be neglected by mixed-race ideology, so the multiculturalism is not recognized because those with western roots behave as if its culture were the only one and the others were underdeveloped and uncivil.

This paper proposes the pertinence of admitting the country's multiethnic and multicultural character, which means, as the Constitution states, to build a nation-state. The suburban culture awareness would be the trial for this recognition and the path to acknowledge the others. Our problem is the same as in reference to the western hemisphere and the rest of the world, thus its solution would open up a way to solve the world problem.

## **1. CARACTERIZACIÓN DE NUESTRA SITUACIÓN CULTURAL Y DE SU DINÁMICA**

En el prólogo de la constitución vigente se dice que su objetivo es, entre otros concatenados, “establecer una sociedad multiétnica y pluricultural

en un Estado de justicia”. Esta declaración de buenas a primeras puede parecer sorprendente y aun chocante, pero bien entendida me parece que expresa una dirección irrenunciable para el país, si quiere ser viable y medianamente humano. Lo ridículamente pretencioso aparece al considerar que si somos ya una sociedad multiétnica y pluricultural, la constitución no tiene que establecerla, y si no lo somos la constitución no tiene poder para que lleguemos a ser lo que no somos ni potestad para enrumbarnos por una dirección predeterminada y que no es la que llevamos ni queremos llevar. Pero ésta sería una mala lectura de este texto constitucional.

### *1.1. A pesar de la ideología del mestizaje, somos un país multiétnico y pluricultural*

Para comenzar tenemos que reconocer que en Venezuela vivimos personas de razas diferentes y de diversas culturas. Yo acierto a distinguir seis tipos de culturas: las indígenas, la afrolatinoamericana, la campesina, la criolla tradicional, la suburbana y la occidental mundializada. Las dos primeras tienen como soporte a las etnias indígenas y africanas más o menos mestizadas. La campesina tiene como sujetos a mestizos en toda la gama del mestizaje, desde el llanero casi indígena hasta el parameño casi blanco pasando por todas las combinaciones (que no mezclas) posibles o por mejor decir todos los armónicos de esa novedad histórica que es el mestizaje latinoamericano. La criolla tiene como base a los pobladores y vecinos de nuestras ciudades que eran señores de indios o hacendados o funcionarios o profesionales, es decir personas blancas más o menos mestizadas, a los que se añadieron con el tiempo mestizos que ascendieron sobre todo a causa de la democratización de la educación. Estas cuatro son culturas tradicionales y composiciones étnicas bastante diferenciadas entre sí y consolidadas. Pero en nuestro país hay además dos culturas de formación contemporánea: la suburbana, que tiene como referente étnico al nuevo mestizaje que se ha formado en los barrios de nuestras grandes ciudades, y la occidental mundializada cuyo sujeto son altos técnicos y gerentes de corporaciones trasnacionales, agentes de ONGs. locales con presencia en organismos multinacionales o ONGs. del primer mundo con presencia en el país, y algunos intelectuales conectados establemente con universidades o fundaciones del primer mundo. Son en general criollos o acriollados trasmutados.

Se esté o no de acuerdo con esta fenomenología o por mejor decir taxonomía, sí creo que convendremos en que somos una sociedad multiétnica, a pesar de la ideología del mestizaje que consiste en declarar que aquí todos somos cafeconleche, aunque unos más café y otros más leche. Esta ideología tiende obviamente a negar la diversidad cultural, asentando que vivimos una misma matriz cultural con diversos matices regionales y con diversa densidad.

Esta ideología proclama una homogeneidad que en realidad no se da. El empeño difuso pero persistente en no reconocer la diversidad étnica y cultural obedece a que esa diversidad no puede ser comprendida como variedades simbióticas sino que se da en relaciones asimétricas. Esto en unos crea una sensación no reconocida de culpabilidad, y en otros de vergüenza o resentimiento. Por eso unos y otros se sienten mejor negando públicamente el hecho, aunque lo tomen ciertamente en cuenta en su vida diaria y en sus decisiones.

Así pues, creo que es un hecho innegable que nuestra sociedad es multiétnica y que en la práctica esta diversidad opera frecuentemente en un sentido asimétrico, es decir de superioridad-inferioridad, que se expresa como privilegio y discriminación.

### ***1.2. Modernización y homogeneización cultural***

Pero, asentada la multiétnicidad, hay que convenir también en que la ideología del mestizaje cuenta con una cierta base empírica. Ésta es doble: por un lado el predominio numérico de los mestizos y por el otro una cierta homogeneidad cultural que recubre en cierta medida la innegable pluriculturalidad. Esto exige una explicación.

Como se sabe, Venezuela es una realidad de reciente data. No puede remontarse más allá del último tercio del siglo XVIII cuando se creó la intendencia y la capitanía general, con el nombre y más o menos el territorio actual, de la fusión de tres territorios: La Nueva Andalucía al este, Caracas o Venezuela en el centro y la parte andina al oeste. Hasta el nombre de Venezuela es absolutamente anecdótico y por tanto meramente designativo sin que sirva de ningún modo para caracterizarla. Claro está que los elementos de los que se formó Venezuela existían mucho antes, pero no estaban mutuamente referidos ni componían un solo conjunto. Así pues el país como tal es una

creación político-administrativa que necesitó de mucho tiempo para cuajar a nivel de autoconciencia de sus pobladores y mucho más todavía a nivel de referencia real.

Había obstáculos muy fuertes para que esta unidad cristalizara. Ante todo la dificultad casi insuperable de comunicación. El oriente en sí siempre estuvo disgregado y sólo se comunicó por mar y río. No podemos hablar de una integración entre Barcelona, Margarita y Sucre respecto de Guayana y los pueblos de Monagas. Con la provincia de Caracas la relación era por mar hasta que cesó la conquista en 1665 y se fueron estableciendo misiones y con ellas la paz y el intercambio. La provincia de Caracas sólo entró a los llanos desde fines del XVII, y la relación con el occidente no fue más allá de la red de ciudades que unía los valles de la cordillera central hasta los valles y el piedemonte andino. La mayor relación con el occidente fue por mar por las costas de Coro hasta Maracaibo que era el puerto por el que desaguaban los andes venezolanos y los actuales santanderes colombianos. Hasta los años cincuenta del siglo XX no llegó a articularse el territorio nacional y sólo desde entonces arranca la comunicación fluida y más todavía el trasvasamiento poblacional que creó las grandes urbes. Mal podía desarrollarse la conciencia de pertenencia cuando las comunicaciones y los intercambios e incluso las noticias eran tan escasos. Hasta bien entrado el siglo XX el comercio era o de exportación y se dirigía de los campos a los puertos o exclusivamente regional.

Se puede decir que mucho más que la economía fueron las guerras las que durante el siglo XIX movilizaron por el país a contingentes humanos. Ellas llevaron a Caracas a los llaneros, a los orientales, a los corianos, nuevamente a los llaneros y finalmente a los andinos. La disputa por el poder llevó a los de diversas regiones a considerarse pertenecientes al mismo país. No creo que hasta avanzado el siglo XX la educación o la cultura hayan sido elementos aglutinadores significativos. Hasta entonces la música, el baile, las tradiciones y la cocina habían servido más bien para caracterizar y distinguir a las diversas regiones que para aglutinarlas mediante referentes comunes.

La integración, además de la vertebración por la red de carreteras, tuvo dos vías fundamentales: la primera es la masificación de la educación, que se inicia en la segunda mitad de los años 40 y que alcanza una gran densidad desde la primaria hasta la universidad. La segunda, que sucede por los mismos años, es la entrada de las masas en la política. El que la casi

totalidad de los venezolanos hayan estudiados en los mismos textos y con la misma orientación, y el que se hayan visto referidos a los mismos partidos durante medio siglo ha creado una unidad bastante densa. La popularización de la política ha sido posibilitada por la red de carreteras y por el establecimiento acelerado de un gran parque automotriz. Pero han sido sobre todo los medios de comunicación, al principio la prensa y luego la radio y más aún la televisión, los que más han contribuido a formar esa unidad.

Podemos decir en síntesis que la unificación cultural del país, la referencia mutua y el sentido de pertenencia están estrechamente asociados al proceso de modernización que, arrancando en los años veinte del siglo pasado, cobra fuerza en los cuarenta y cuaja en los sesenta.

### *1.3. Somos un país nuevo, pero escindido por el colonialismo interno*

En este sentido global podemos convenir con Darcy Ribeiro en que Venezuela es un país nuevo, es decir no es ni evolución de lo que existía antes de la llegada de los españoles ni trasplante de Europa a América. Aquí novedad designa una creación histórica y en este sentido de entidad histórica Venezuela constituye una unidad, aunque sea internamente diferenciada. Pero, como señala el antropólogo brasilero, esa diferenciación contiene principios que entran la unidad y lastran su dinamismo. De su resolución depende nuestro porvenir.

Esa diferenciación que desgarró la unidad se debe a que, hablando en términos culturales, unas culturas son dominantes y otras dominadas. Así ha sucedido desde su nacimiento. Para lo que estamos tratando el problema no consiste en que nacimos como colonia. El problema cultural que arrastramos es el colonialismo interno: los criollos se consideraron superiores al resto y lo señorearon. Así ha sido hasta hoy con la variante de que en la cultura criolla no entran sólo los españoles (y más en general los europeos) americanos que son los criollos en sentido estricto, sino también los mestizos acriollados. Esta ampliación de la base criolla es en un sentido una conquista de los mestizos; pero también una necesidad para que la cultura criolla mantuviera su dominancia, puesta en entredicho por la escasez de elementos criollos respecto del conjunto de la sociedad. Esta ampliación fue sordamente resistida por los elementos criollos más prominentes, que sin embargo sí se complacieron de que así se consolidara el parámetro cultural criollo.

El que la cultura criolla fuera el parámetro para toda la sociedad fue una concepción republicana. En la colonia se tendió, es cierto, a ladinizar a indígenas y negros, pero se conservó el concepto de pueblo de indios, es decir el reconocimiento jurídico de las culturas indígenas. Para la república, en cambio, el ciudadano es el criollo. Incorporar a los de abajo a la vida nacional significó siempre asimilarlos a la cultura criolla. Esto lo intentó o por mejor decir se lo propuso Guzmán Blanco; pero de hecho se fue logrando, aunque en pequeña escala, por dos vías: una, minoritaria pero con amplio poder de irradiación, fue la toma del poder: el caudillo y sus adláteres se proponían, a veces con toda la aplicación y con relativo éxito, como en el caso de Páez, asumir las maneras, las costumbres y aun los gustos de los criollos. Esto hacía feliz al pueblo que veía a uno de los suyos, es decir de su composición étnica y de su cultura, elevado al rango de los criollos. El hecho obraba en dos direcciones: una la de asentar que la cultura propiamente dicha era la criolla, lo que ellos vivían era atraso e incultura, y otra que ellos tenían madera para llegar a ser de cultura criolla, por lo cual tenía sentido proponérselo como meta. La segunda vía de asimilación a la cultura criolla fue ponerse al servicio de criollos prominentes como personal de confianza: esa cercanía era proclive a un conocimiento pormenorizado del mundo criollo y a una acomodación a él; aunque, metidos en esta dirección había que tener precaución para que la asimilación no fuese vista por ellos como hacerles la competencia, lo que acarrearía la caída en desgracia.

Pero ya hemos insistido que hasta los años cuarenta del siglo XX esto se logró a pequeña escala. Fue el proceso de modernización el que se propuso, y lo logró hasta cierto punto, imponer la cultura criolla modernizada, partiendo de la educación generalizada y del principio democrático de la ascensión social en base a la meritocracia. Esto es así, pero sólo hasta cierto punto porque la igualdad abstracta de oportunidades fue aprovechada sobre todo por la clase criolla que tenía una indudable ventaja adquirida.

#### ***1.4 Recesivamente las culturas populares se han expandido en el proceso de modernización***

Sin embargo, como contrapeso de esta dirección homogeneizadora dominante, también hay que reconocer que la mayor solvencia económica de las clases populares obró en la dirección de cultivar elementos culturales

propios que les daban satisfacción o que les parecían especialmente cualitativos. Hay que reconocer que muchas tradiciones populares fueron reprimidas en el proceso de modernización. Este fenómeno es tan importante que tanto la industria cultural como la investigación universitaria lo han advertido y explotado. Manifestaciones de culturas tradicionales dominadas, como la música llanera o el golpe de tambor, para poner dos ejemplos, no sólo se han consolidado y expandido enormemente sino que han pasado a formar parte de la cultura criolla, que es, no lo olvidemos, una cultura mestizada ya que no mestiza.

Valgan dos palabras para destacar la diferencia. La cultura criolla es una cultura occidental, cosa que no son en sentido estricto ni la cultura campesina ni la suburbana, que son culturas mestizas. Pero es mestizada porque, a pesar de que sus elementos estructuradores son netamente occidentales, otros no medulares provienen o de las culturas mestizas o de las culturas indígenas o afrovenezolana, que a su vez están también fuertemente mestizadas.

Un indicio muy fehaciente de la profundidad del llamado inicial que se hizo a las masas para que se incorporaran mediante la política a la vida nacional fue el gran festival de música popular, festival folklórico en el sentido más denso del término, que tuvo lugar en el Nuevo Circo de Caracas en 1948. Era la primera vez que salían de sus tierras cultores muy cualificados de distintas tradiciones populares del interior de la república, y era la primera vez que Caracas los veía, sabiamente presentados, resaltando todo su valor. Ese día el país empezó a tener conciencia de su densidad cultural y de la inmensa variedad de esa riqueza. Siguiéron discos, nuevos descubrimientos y presentaciones y estudios eruditos, y la aceptación por parte de la cultura criolla de la calidad de las culturas populares, que en punto a estética, al menos, no eran de ningún modo culturas inferiores. Y, por este lado de la estética, los más perspicaces y desprejuiciados llegaron a percatarse de que no tiene mucho sentido la catalogación de superiores o inferiores referida a las culturas.

Sin embargo, el peso que tienen las relaciones de producción en el sistema capitalista obra en la dirección de privilegiar a la cultura criolla modernizada sobre las demás. Eso, a pesar de la dirección niveladora de la democracia, que empleó parte de los recursos petroleros en promover a los sectores populares otorgando servicios gratuitos no sólo de salud y educación

sino de dotación de agua, drenajes, luz y vialidad en los barrios autoconstruidos o proporcionando viviendas tanto rurales como urbanas a muy bajo costo, cuando no sin costo alguno.

### ***1.5. La cultura occidental mundializada, matriz difusa que homogeneiza al país***

El proceso modernizador siempre tuvo como referente a las culturas metropolitanas, tradicionalmente a Francia a nivel cultural, en el sentido convencional de la palabra, y USA en el de la cultura de la cotidianidad. A la larga podemos decir que la cultura occidental desarrollada, en su versión estadounidense, se ha introyectado en el país como uno de los elementos que lo caracterizan. No sólo gran parte de los bienes civilizatorios de consumo instantáneo o durables sino también su versión del acontecer a través de las agencias de noticias que alimentan la prensa o dan sus imágenes a la televisión o la casi totalidad de las películas que se proyectan en el cine o las series de televisión o deportes como el béisbol o el básquet o hábitos alimentarios, además de cadenas de comida rápida provienen de USA.

Esta presencia en Venezuela de la cultura occidental desarrollada en su versión estadounidense se ha incrementado con el proceso de globalización. No es sólo que USA sea el socio comercial más importante sino sobre todo que el modelo económico conocido convencionalmente como neoliberal, practicado de modo salvaje por el gobierno de Carlos Andrés Pérez a fines de 1988 con la consecuencia del caracazo y de dos intentos de golpe militar, más allá de la ortodoxia y el acierto con lo que lo han aplicado los sucesivos gobiernos, ha funcionado como horizonte y en ese sentido como imaginario, originando un talante cultural que a nivel antropológico se manifiesta como individualismo. Este individualismo se ha conjugado con el individualismo que se ha ido incubando en el país, en el que no tuvo relevancia la comunitariedad indígena sino que se fue imponiendo el conuquero que es el peón de hacienda que se va a tierra de nadie para no estar sometido al patrón y vive en un relativo aislamiento hasta que emigra a la ciudad donde se desarrolla sin pertenencia comprometida a comunidades estables, prefiriendo la convivialidad libre y los tratos y contratos a conveniencia de las partes. Este individualismo, digamos endógeno, es realimentado y en cierto modo trasmutado por el que segrega el modelo económico en el que estamos

inmersos, aunque funcione en una versión degradada e ineficiente, y por el que inocular la televisión.

Con esto estamos queriendo decir que la cultura occidental mundializada no es sólo una de las culturas que vige en el país, cuyos sujetos son gente cualificada efectivamente ligada al sistema globalizado, sino que también es una matriz cultural difusa que obra en la dirección de homogeneizar la cultura nacional. Opera por un lado como presión ya que la gente siente que si no se adapta a sus requerimientos se queda fuera, es decir sin elementos para vivir y aislado de esa gran corriente que domina la escena; pero también es sentida como un mundo vertiginoso, caleidoscópico, que fascina por su ritmo frenético y por la ingente cantidad de elementos que acarrea, y opera como invitación y reto de vivir de esa manera, aunque se sabe que el precio que hay que pagar es altísimo.

Así pues, así como hasta ahora el diálogo intercultural ha sido mediatizado y digamos desnaturalizado porque la cultura criolla, primero tradicional y luego modernizada ha sido propuesta por sus fautores como paradigma, es decir como cultura dominante, así ahora casi se puede decir que este diálogo desaparece, al menos del lado de la cultura occidental mundializada que se presenta como la única posibilidad para el que quiera vivir en el hoy, que no es otro que el hoy del mundo a través de la óptica del mundo occidental.

### ***1.6. El chavismo como toma de la escena por parte de las culturas populares preteridas***

Creo que el inmenso arrastre que tuvo inicialmente Chávez se debe a que la mayoría del pueblo venezolano, que aceptaba sinceramente la necesidad de capacitarse para hacerse más competitivo, y que veía este reto como un enriquecimiento de su ser, rechazaba sin embargo el modo como le era presentado, que él interpretaba correctamente como morir a sí, como realidad cultural, para resumirse a su rol de productor dentro de las pautas establecidas (que llevaban a una pérdida completa de protecciones y seguridades jurídicas e institucionales) y consumidor de los productos de las corporaciones transnacionales publicitados por los medios masivos de difusión.

Hugo Chávez, con su capacidad realmente monstruosa de comunicación, repuso en el horizonte nacional a las culturas populares, las trató

no como culturas que tramontan sino como cotidianidad cualitativa. La gente popular sintió que ya su ser cultural no era algo recesivo, casi vergonzoso sino algo público lleno de dignidad que se hace presente en la televisión por boca del que está al frente de los demás como paradigma de ciudadano, que eso significa presidente, además de como jefe de Estado.

Por eso a medida que ese discurso está siendo sustituido por otro de tinte ideológico, mucha gente popular ya no se reconoce en él, aunque evoque constantemente a Bolívar y fustigue al colonialismo interno. Primero porque las culturas populares, como culturas vivas de la cotidianidad, son muy concretas y complejas, y no encuentran expresión en una ideología en extremo simple y fixista. Pero, más aún, porque las culturas populares tradicionales se viven hoy en una versión modernizada y la cultura suburbana es netamente contemporánea, y a los que viven en ellas les disuena ese discurso tan marcadamente del pasado. Las culturas populares ansían conjugarse con la cultura occidental mundializada, y una de sus aspiraciones irrenunciables consiste en asumir los bienes civilizatorios de la última revolución científica y tecnológica. Lo que no quieren es que se las declare abolidas desde el poder, tanto político como intelectual como massmediático, que era lo que venía sucediendo. Su deseo más hondo es que se establezca a nivel nacional una interlocución cultural no asimétrica sino verdaderamente ecuménica y simbiótica.

## **2. VARIABLES DEL DIÁLOGO INTERCULTURAL Y POSIBILIDADES A QUE DA LUGAR**

A partir de esta caracterización de nuestra situación cultural y de su dinámica pasaré a delinear algunas distinciones teóricas que ayudarán a comprender nuestra realidad y a establecer propuestas superadoras. Enunciado complexivamente, me parece pertinente resaltar que el diálogo intercultural tiene diverso significado cuando se entabla entre seres que están solidamente asentados en su identidad cultural y que se consideran iguales en rango en sus respectivas culturas, que cuando unos pertenecen a culturas antiguas y dinámicas, que además se consideran superiores a las demás, en tanto que otros forman parte de culturas contemporáneas en plena gestación y por tanto no tienen aún perfilada su identidad cultural y además tienen conciencia de que sus culturas son tenidas como subalternas.

En el primer caso el diálogo no es constituyente sino secundario ya que en él no está en juego el propio ser cultural. Por eso el diálogo puede darse o no. Es en cierto modo accesorio, aunque se lo estime como conveniente. Su objetivo principal es el enriquecimiento propio o mutuo. Ya que el reconocimiento que en él se obtiene es meramente confirmatorio del que ya se posee como miembro de la propia comunidad cultural.

En el segundo caso en cambio el diálogo, como es asimétrico, tiene objetivos diversos para cada uno de los dialogantes. Para el que pertenece a una cultura constituida y dominante el diálogo busca o la mera expansión y predominio y entonces, a pesar de sus formas, nada tiene de diálogo, o el enriquecimiento propio que reconoce virtualidades en esas culturas subalternas y busca apropiárselas desprendiéndolas de sus actuales sujetos, o el reconocimiento desde arriba como modo de hegemonizar a esos sujetos tenidos como otros e inferiores.

Para aquel cuyo ser cultural está en trance de constituirse y que vive en los cauces de una cultura popular el diálogo es constituyente y además va en procura del reconocimiento. Es constituyente ya que para construir su identidad cultural necesita tanto de bienes civilizatorios y culturales de la cultura occidental emergente que piensa adquirir por esa vía del diálogo, como del reconocimiento, libremente otorgado por el de arriba, de la condición de ser cultural y por tanto valioso, del que vive en una cultura popular.

No quiero decir de ningún modo que los seres populares construyen su identidad cultural sólo a través del diálogo con los que poseen la cultura criolla modernizada o la occidental mundializada. Si así fuera las culturas populares sólo serían una versión elementarizada de las culturas dominantes. En ese caso no serían verdaderas culturas. Lo que digo es que los elementos más dinámicos de las culturas populares tradicionales saben que sus culturas sólo se mantendrán vivas modernizándose y que una vía privilegiada para lograrlo es el diálogo intercultural. Por su parte los artífices de la cultura suburbana, que es contemporánea, la gestan en contacto permanente con la ciudad, que es la sede tanto de la cultura criolla modernizada como de la occidental mundializada. Este contacto no es meramente mimético sino que conlleva una verdadera asimilación dentro de la propia matriz cultural, operando, pues, como sujeto y no meramente como consumidor. Ellos saben que para lograr esos bienes civilizatorios y culturales que precisan tendrán que pagar el precio de la humillación, del ridículo o del vasallaje. Desde

luego que esto no les hace felices sino que les duele enormemente; pero lo soportan porque ese objetivo les parece irrenunciable, porque anhelan constituirse como seres culturales.

También para ellos, como para los de arriba, es vital el reconocimiento de sus iguales. Pero este reconocimiento no basta. Al ser culturas subalternas es vital para ellos que los reconozcan libremente y como otros de igual dignidad personas significativas de las culturas dominantes. Es un reconocimiento paradójico ya que aunque en su contenido significa que su cultura ya no es subalterna, el acto de someterse a ese arbitraje y obtener esa certificación es en sí un ejercicio de su condición subordinada. Sólo si el que pertenece a la cultura tenida como superior trasciende su cultura desde dentro relativizándola y no considerándola ya como parámetro, es posible entablar un diálogo intercultural realmente simétrico y simbiótico. Pero en ese caso el diálogo será constituyente para ambos, no sólo para el de cultura popular.

Hay que reconocer que no es normal que quien pertenece a una cultura dominante en un país periférico la viva de un modo trascendente, relativizándola. En general es consciente de que vive en una situación privilegiada, y tiende a defenderla como un botín adquirido. Más aún, dada la inestabilidad que provoca la dirección dominante de esta figura histórica, es preciso defenderla porque no está sólidamente establecida ni en el caso de una pertenencia tradicional, con el cúmulo de ventajas adquiridas que esta posición acarrea. Sin embargo tampoco son casos excepcionales que confirman la regla sino minorías, por lo general muy cualitativas. Éstas abundan más en el primer mundo, primero porque en él hay más elasticidad, más posibilidad de juego sin que esto entrañe un heroísmo, y además porque ha habido más tiempo para volver sobre sí y tomar decisiones superadoras conociendo exactamente lo que da de sí el juego establecido.

Así pues consideramos tres variables en el diálogo intercultural: que se dé entre personas cuya identidad cultural esté plenamente constituida, aunque sea dinámica, o que ocurra entre éstos y sujetos que están en trance de constituirse como seres culturales. Que se desarrolle entre culturas distintas consideradas por ambos de igual rango, o que se dé entre culturas tenidas como superiores y culturas consideradas como subalternas. Que tenga lugar entre personas que se identifican con sus culturas, o que se dé entre personas que viven en sus culturas de modo trascendente; o, dicho de otra manera, que en la práctica consideran que ser humano es ser de su cultura, o que viven su

cultura como el modo que tienen a la mano para constituirse como humanos. Quienes viven así su cultura consideran que las culturas son los modos que tienen de habérselas con la realidad las distintas colectividades históricas para constituirse como humanas. Quiero aclarar que ésta es mi perspectiva y que por tanto considero que las culturas han de conjugarse en plural, que tienen por sujeto las distintas colectividades históricas, y que su objetivo trascendente es constituirse como humanas. Esto significa que no se puede ser humano sino a través de las culturas, y que ser humano trasciende desde dentro la condición cultural. Desde esta perspectiva sólo puede ser posible el diálogo intercultural simbiótico cuando los dialogantes quieren constituirse como humanos a través de sus culturas y por tanto las relativizan. Los dialogantes se encuentran en la humanidad a la que aspiran y les trasciende. Se encuentran, pues, en tanto caminen. Así caminar implica siempre apertura de las culturas, transformación cultural.

### **3. LA ABSOLUTIZACIÓN DE LA PROPIA CULTURA, NUDO PROBLEMÁTICO DEL DIÁLOGO INTERCULTURAL**

#### ***3.1. Absolutización dura***

Lo que sostengo es que lo que impide radicalmente el diálogo intercultural es la manera absolutizada de vivir la propia cultura. Si en la práctica yo vivo como si constituirse en humano es invertir plenamente las posibilidades de la propia cultura, no tengo nada que dialogar con el que no vive en ella ya que no existe exterioridad en lo que se refiere a humanidad. Si diálogo es dar y recibir por medio de la palabra, no hay diálogo cuando uno no tiene nada que recibir del otro, porque piensa que no tiene nada que darle. Si sólo él puede dar, lo que existe es un monólogo. Si el que cree que nada tiene que recibir está, sin embargo, dispuesto a dar, se entabla lo que a nivel formal puede llamarse diálogo pedagógico con el objetivo de convencerle de que lo que vive no es la humanidad propia de este siglo sino una humanidad preterida, una humanidad que desde las coordenadas actuales debe ser considerada como incipiente, como poco humana, como un camino desechado por sus escasas virtualidades. Si el otro acepta su argumentación, puede continuar el diálogo pedagógico en el sentido estricto de iniciarlo en la propia cultura. Pero en esta interlocución, al faltar radicalmente la exterioridad, ya

que en la práctica se sostiene que no existe sino una cultura, no se da un diálogo intercultural.

Quiero insistir que se puede vivir y de hecho es frecuente que se viva de modo absolutizado en una cultura incluso cuando uno sostiene a nivel de declaración de principios, es decir de ideología que se profesa, que existen diversas culturas. Éste es el caso más frecuente. Es como cuando los peninsulares vinieron a América. Muy pocos se atrevían a negar que los indígenas fueran seres humanos, casi todos lo afirmaban con toda naturalidad como cosa obvia. Pero para la mayoría el modo que tenían los indígenas de ejercer la humanidad les parecía tan inferior al suyo que los veían como niños o como si fueran sobrevivientes de épocas superadas. Decían que no tenían “polecía”, que carecían de civilidad. No ser civilizados era para ellos no ejercitar constructivamente el entendimiento y la voluntad, que les atribuían como potencias. Por eso los llamaban bárbaros, siguiendo la usanza y el vocablo griego. De entre ellos distinguían aquellos que venían de tan lejos y mostraban tan poca disposición para aprender a ser humanos a la altura de su siglo, es decir para civilizarse, que los daban por perdidos. A éstos los llamaron siervos por naturaleza. Otros, en cambio, que mostraban disposición y capacidad para asimilar la civilización, eran simplemente bárbaros que podían llegar a lo que para ellos era un pleno estatuto humano, es decir a su cultura europea.

Es exactamente lo que pasa hoy. Nadie va a negar que un indígena, un negro de la costa, un campesino o un poblador de barrio sean humanos. Es obvio que lo son; es cierto, pues, que son seres culturales. Pero las culturas tradicionales son tan rudimentarias, ofrecen tan pocas posibilidades a sus ojos para vivir una vida plena que a estas alturas de la historia no puede llamárselas culturas, es decir culturas vivas, actuales. Son sólo sobrevivencias de épocas pasadas.

Más aún, para estas personas, todos los habitantes de Venezuela incluso los criollos modernizados, estamos ante el reto de engancharnos en la cultura occidental globalizada so pena de quedarnos fuera, es decir como desechos de la evolución. En esta tesitura cuando están convencidos de que tienen que concentrar todas las energías en subirse al carro de la historia, no le ven ningún sentido a perder el tiempo en dialogar con quienes para ellos no tienen ningún futuro. Para estas personas en esta coyuntura de apremio se impone el lema de dejar a los muertos que entierren a sus muertos y seguir la marcha de la historia. Cualquier distracción en esta hora apretada equivale a un

suicidio. Estas personas creen que hay que mirar sólo para adelante. Aquellas personas de esas culturas residuales que tengan suficientes energías sentirán el llamado y se despojarán de lo suyo para ponerse a caminar en la dirección globalizada. Los demás no tienen salvación. Así es la ley de la historia. Es una falsa piedad meterse a redentor cuando uno mismo puede quedarse fuera. Y es más todavía un despiste imperdonable el romanticismo de que existen muchas culturas y que todos tenemos que aprender de todos. Esos rollos son trampas caza-bobos que acaban inutilizando la vida de gente de buenos sentimientos y hasta bien dotados, que sin embargo se metieron en un camino sin salida.

Lo que sí hay que hacer es dar a todos los habitantes del país, pero sobre todo a niños, adolescentes y jóvenes, las herramientas para que entren en el mercado globalizado bien cualificados y por tanto competitivos. Ése es un punto no sólo de justicia, sino sobre todo de aprovechamiento eficiente del capital humano, que es lo más susceptible de valorizarse.

Este debería ser para ellos el mandato constitucional. Sólo así se construye la nación, o, como está de moda decir poniéndonos retóricos y solemnes, la patria.

### *3.2 Absolutización resignada*

No son sin embargo excepción en el país quienes experimentan tan vivamente la inhumanidad e incluso la irracionalidad que prevalecen en la dirección dominante de esta figura histórica que nos les parece en absoluto pertinente hablar de cultura para referirse al actual proceso de globalización e incultura refiriéndose a las demás culturas. Para ellos, junto a indudables adquisiciones por lo que toca a bienes civilizatorios, se da también un retroceso respecto a la calidad cultural, es decir a la capacidad de esta cultura para que a través de ella los seres humanos se constituyan en humanos. Ellos creen que a este nivel se advierte un tremendo retroceso que sienten vivamente en carne propia. Para decirlo sencillamente, jugando las reglas del juego establecidas, resulta muy difícil mantenerse humano. Ellas empujan a la competitividad sin restricciones y por tanto a una pavorosa insensibilidad respecto de la suerte de los demás e incluso de las consecuencias indirectas de la propia actuación. Eso, sin hablar de la compulsión al consumo con la elementalización aditiva que provoca.

Desde esta apreciación ellos valoran muchos elementos de la cultura criolla e incluso de las culturas populares. Los valoran sincera y realmente, no sólo como declaración retórica para no aparecer ante los demás y ante la propia conciencia como personas cerradas y excluyentes.

Pero una parte de ellos están perplejos y viven una existencia patéticamente escindida. Porque, aunque ésta es su apreciación sentida, ven sin embargo que la dirección dominante que ha tomado el occidente mundializado bajo la égida de las corporaciones transnacionales tiene un peso tan contundente que no hay lugar para otra opción, y así se ven condenados a una deshumanización que no quieren y que intentan paliar como pueden. Para ellos sería deseable e incluso necesario desabsolutizar a la cultura dominante para así transformarla desde dentro superadoramente, y para ello sería de gran ayuda el diálogo intercultural. Pero el talante fundamentalista e incluso totalitario que le caracteriza impide esta operación salvadora y amenaza con el ostracismo a los que la emprenden.

### *3.3 Absolutización cualitativa*

Otros sin embargo, no creen que esta dirección dominante es irreversible sino que por el contrario piensan que la misma cultura occidental mundializada encierra en sí bienes culturales (la cultura de la democracia, de los Derechos Humanos y de la vida), que sirviéndose eficazmente de sus bienes civilizatorios pueden obligarla a desabsolutizarse y a aceptar limitaciones e incluso transformaciones a través de mecanismos políticos y culturales. Estas personas están convencidas de que para que el occidente se libere de sus demonios y ponga a funcionar sus mejores potencialidades es crucial la ayuda de otras culturas a través del diálogo.

En Venezuela tenemos a un puñado influyente de mundializadores que podemos calificar de “duros”; también hay otros que los secundan sin ideología, simplemente para quitar toda barrera a sus posibilidades de incrementar ganancias. Los hay en mayor número que son mundializadores patéticos y resignados ya que, aunque creen que este camino nos conduce a una pérdida seria de densidad humana, no ven posible incidir para cambiar de dirección. Son minoritarios, pero empiezan a aumentar y algunos son muy sagaces, los empeñados en cambiar de rumbo desde los bienes culturales civilizatorios de esta figura histórica, es decir desde dentro de la cultura

occidental mundializada. De entre éstos hay unos que, aunque son respetuosos de todas las culturas del país y hasta pueden participar de acciones para favorecerlas, en el fondo sí absolutizan la cultura occidental, no ciertamente en el sentido de su peso fáctico, en definitiva de su contundencia para imponerse sobre las demás por su peso aplastante, pero sí por su prestancia, por su versatilidad, por su complejidad, por su capacidad de autocriticarse y autotranscenderse, incluso por su capacidad de absorber lo que tienen de cualitativo las demás culturas y de fecundarse con ello.

De entre los que en Venezuela pertenecen a la cultura criolla modernizada, o a la occidental mundializada, pienso que son pocos quienes piensen como proyecto en un país pluricultural. La mayoría no sueña con un Estado que sea instrumento de la sociedad para crear un estado de justicia respecto de las diversas etnias o culturas. Al menos en este aspecto programático que estamos considerando, se puede decir que no son muchos los venezolanos de las culturas dominantes que asumen la Constitución Bolivariana.

### *3.4. Absolutización fundamentalista*

¿Y qué podemos decir de los miembros de las culturas dominadas? Creo que la formulación constitucional recoge adecuadamente el deseo vehemente de la mayoría.

Aunque la absolutización de la propia cultura es una tendencia que caracteriza a las culturas dominantes, también se da en las dominadas como reflejo de defensa. Así ha sucedido muchas veces en la historia con etnias que se ven en peligro de extinción o con culturas que al ser penetradas por otras se ven en tal estado de indefensión que se repliegan sobre sí para no ser destruidas. Esto viene sucediendo en el tercer mundo desde fines del siglo XV. Pero en estos tiempos de globalización impuesta el fenómeno es también mundial. Así se explica el auge del fundamentalismo: es un mecanismo de resistencia extremadamente rígido y por eso no superador que ritualiza la propia cultura y que exige una entrega a ella no deliberante como modo extremo de conservar la existencia cultural, el sentido de la vida en el mundo y la compactación social.

En Venezuela también existe fundamentalismo. Se da sobre todo en los dos extremos: el fundamentalismo religioso compensatorio de los que

han sentido que su entrega al mercado totalitario vulnera su integridad moral y el sentido de su existencia, y esperan salvar su alma entregando su vida privada a una comunidad de salvación que la configure y que a su vez les certifique la legitimidad de su desempeño económico. También en la clase alta se da el fundamentalismo ideológico de aquellos economistas, funcionarios y gerentes que conciben sus recetas no como hipótesis provisionales y perfectibles sino como dogmas que no quieren contrastar con la práctica y que imponen desde el poder sin paliativos. Esta absolutización es claramente antihistórica e irracional ya que se fija sólo en unas pocas variables a corto plazo negándose a asumir las consecuencias de sus políticas. La rigidez de estas conductas y postulados que no admite la discusión abierta, es indicio de la dirección antihistórica de quienes los sustentan.

También abunda en el país entre los más pobres el fundamentalismo religioso. Son lo que se llama convencionalmente las sectas. A través de ellas las personas adquieren el sentido de la vida, el reconocimiento de su dignidad y con frecuencia una rehabilitación moral; claro está que el precio es la absolutización de esa subcultura en la que viven, desde la que queda excluido todo diálogo ya que la única relación con los otros es el proselitismo.

#### **4. RECONOCIMIENTO DE LA CULTURA SUBURBANA E INTERLOCUCIÓN CON ELLA, NÚCLEO DEL DIALOGO INTERCULTURAL**

##### ***4.1 El estar-entre, caracterizador del poblador del barrio: el forastero, el marginado y el mediador***

Sin embargo la mayoría de nuestro pueblo resiste a esta tentación y prefiere el camino arduo de hacer justicia a la realidad y tratar de abrirse camino en ella, a pesar de que experimentan de modo lacerante la enorme desventaja en la que se encuentran y las pocas oportunidades que se les brindan. Sostengo que las mayorías populares tratan de salir a flote e incluso de prosperar por todos los medios a su alcance, aferrándose incluso al familismo y compadrazgo cuando no hallan más posibilidades. Pero no estoy de acuerdo con los que sostienen que ellos son así y que la estructura familista y clientelar es la columna vertebral de las culturas populares. Por lo que conozco, un número importante de gente popular acepta como muy razonable la propuesta de capacitarse constantemente para alcanzar, mantener e incluso

acrecentar la competitividad. Les parece con sentido la propuesta de un mercado abierto de competencia perfecta. Eso a pesar de la conciencia de su desventaja inicial casi insuperable. Por eso también creen que tienen derecho a una ayuda del Estado, es decir a una cierta discriminación positiva. Pero ven que sucede lo contrario. Las ventajas son para los de arriba y ellos están excluidos, abandonados. No se quejan, pues, del sistema sino de que no funciona. Estos elementos populares, que creo que llegan a ser mayoría, sí están dispuestos al diálogo cultural.

Es cierto que en el pueblo existen los marginados en el sentido de definirse por la cultura occidental mundializada de la que están al margen. Estas personas se definen, pues, por lo que no son. Viven en el barrio porque no tienen acceso a la ciudad; pero viven de espaldas a él, haciéndole sentir su desprecio o por lo menos su ajenidad, aun exponiéndose a su rechazo, o convirtiéndose en él, en agentes de la ciudad. Éstos no aceptan el desafío de construir la cultura del barrio; prefieren ser un prospecto, todo lo incipiente y deformado que sea, de la cultura prestigiosa de la ciudad. Para estas personas no tiene sentido el diálogo intercultural; sólo la mimesis y, dentro de lo posible, la iniciación en algún aspecto al menos de la cultura occidental mundializada.

Sin embargo la mayoría se caracteriza por su estar-entre: entre el campo y el barrio, entre el barrio y la ciudad, y entre las heterogeneidades del barrio. Este estar-entre, puede estar referido a la cultura campesina que se dejó materialmente atrás porque no proporcionaba medios para vivir, pero que se sigue valorando como vida cualitativa. Es el forastero. Éste puede ser también el talante del que llegó de otro país. Entre otros pobladores el estar-entre puede estar dirigido tendencialmente a establecerse en la ciudad, aunque nunca lo logren. El caso extremo de esta tendencia es el marginado en el sentido aludido.

Pero lo más característico del barrio que lo convierte en lugar de creación cultural, es cuando el estar-entre no vuelve a la persona intermediaria de una de las partes para con las otras sino mediadora. Ese carácter de mediador es el que caracteriza a estas personas como creación histórica. Porque la mediación no es sólo exterior, es decir, respecto de los campesinos, los ciudadanos o los otros del barrio, sino antes que eso, interna: ellos son esa mediación, que no es ya yuxtaposición o mezcla sino una combinación que los constituye como personas. Con esto estamos diciendo que el punto más alto en cuanto al diálogo intercultural en el país tiene lugar en estos pobladores,

y que este diálogo es tan profundo que constituye la cultura suburbana. Este estar-entre el campo, el barrio, la ciudad y las heterogeneidades del barrio, es, pues, ante todo una posición vital que se convierte en una estructura dinámica que caracteriza al habitante del barrio.

Pero el campo y la ciudad pueden funcionar también en él como realidades culturales que lo caractericen en parte. Es el caso del poblador de barrio que tiene también una casa y tal vez una tierrita que habita en períodos regulares (por ejemplo un día a la semana si es cerca, o varios seguidos al mes, si está más lejos), y que tiene también una ocupación en la ciudad que cobra tal densidad que lo constituye, al menos en parte. Esa persona es así en alguna medida un campesino y un ciudadano, además de un poblador de barrio. En este caso, como se ve, el diálogo intercultural, cuando se da, es un diálogo interno. No es fácil sin embargo, que acontezca porque en general los ciudadanos tienden a considerar a los campesinos como el pasado superado y a los del barrio como los que dejaron de ser campesinos y no han entrado aún en la ciudad. Sin embargo, si el campo mantiene un intercambio dinámico con la ciudad por su productividad y el vigor de sus tradiciones, si el barrio tiene buena fama por su paz y convivialidad y por las iniciativas de sus pobladores, y si el oficio en la ciudad es tenido como digno y a la persona le resulta gratificante, se dan las condiciones para que se entable ese diálogo interno ya que la persona puede sentirse orgullosa de pertenecer a esos tres mundos y vivir esa pertenencia múltiple como una enorme riqueza que cultiva asiduamente. Creo que este diálogo cultural resume los demás diálogos y por eso ha de ser visto como un logro excepcional.

#### ***4.2. El barrio latinoamericano, laboratorio de lo que presagia el movimiento mundial de pueblos***

Podría pensarse que estas personas no llegarán a formar una cultura porque la ciudad acabará asimilando al barrio y estas personas serán sólo exponentes, si se quiere cualitativos, de una fase de transición. Así lo creen bastantes. No se han dado cuenta de que lo que más caracteriza a esta época es el movimiento de pueblos. No solamente la ciudad no va a asimilar al barrio sino que la cultura occidental mundializada y más en concreto el occidente moderno está sitiado por el tercer mundo, que ya ha penetrado en él como el caballo de Troya porque el occidente lo ha introducido como imprescindible mano de obra.

Este movimiento de pueblos es tan indetenible que, si el occidente no lo resiste sino que lo canaliza, gradualmente irá cambiando hibridándose con esas otras culturas. Pero si, como sucede mayoritariamente hasta hoy, se empeña en resistirlo, para ello debe abjurar de sus mejores tradiciones y entregarse a sus demonios, con lo que la cultura occidental no será ya la misma y el mundo vivirá una edad de hierro que llegará a ser un verdadero infierno.

Así pues, el barrio, lejos de ser una fase transitoria, debe ser considerado más bien como un laboratorio relativamente previsible de lo que puede llegar a ocurrir a nivel mundial.

La causa de esta situación es la diferencia tan abismal en cuanto a recursos vitales entre el occidente mundializado y el resto. Esta diferencia no se debe ante todo a la vertiginosa producción de bienes civilizatorios por parte del occidente sino a las relaciones de producción y a las relaciones sociales derivadas de su modo de producción. Al otorgar todas las garantías al capital financiero y al concentrar en él todos los derechos, se está produciendo una brecha que desquicia toda la institucionalización precedente. Mientras la sociedad no logre transformar tanto las relaciones de producción como las relaciones sociales, ellas seguirán obrando en una dirección deshumanizadora y en ese sentido desculturizadora. Ya he dicho que yo no creo que esta dirección sea fatal y ya se empiezan a organizar las fuerzas que propugnan su superación. Pero sí creo que ya se ha polarizado tanto la humanidad que no veo fácil impedir esta transformación del occidente a la que he aludido.

### ***4.3. Lo que está en juego en la consolidación o el colapso de la cultura suburbana***

Desde esta óptica hay que mirar lo que está sucediendo en los barrios de América Latina y en concreto en Venezuela. Todavía se lee a veces en los periódicos que hay que acabar con los barrios. Quienes así piensan no se han tomado en serio lo que los barrios son y representan. Para empezar no se han dado cuenta de que en ellos vive la mitad de la población del país. Es claro que quienes los fundaron lo que pretendían era establecerse en la ciudad. Pero lo que resultó fueron los barrios. Ellos, con todas sus limitaciones y problemas son una creación cultural. Y denota una terrible ceguera histórica

no reconocerlo. Pero reconocerlo implica emprender con ellos un diálogo cultural en vistas a su optimización. Esa es la única política sensata y fecunda.

Si se continúa excluyendo al barrio, abandonándolo a su suerte, lo que sobrevendrá es lo que se llama cultura de la pobreza, que es un modo absolutamente elementalizado de vivir que al consolidarse se transforma en modo de vida y en ese sentido en cultura; pero que, si sirve para mantener por cierto tiempo los mínimos de vida, impide entablar procesos hacia cotas más cualitativas, es decir hacia una vida realmente humana. La cultura de la pobreza es el cáncer de la cultura suburbana. Y la cultura de la pobreza es una consecuencia directa del abandono del barrio por parte del Estado y de la sociedad. Ella expresa lo que pasa cuando las culturas dominantes se niegan a reconocer la cultura suburbana y a entablar con ella un diálogo simbiótico.

Pero hay que estar muy claros en esto: si la “cultura de la pobreza” asfixia a la cultura suburbana, se acaba la democracia. Sin la mediación, digamos gráficamente, sin el colchón de la cultura suburbana no son viables nuestros países. Esto, nada menos, es lo que está en juego en la consolidación o el colapso de la cultura suburbana.

Así pues la parte más significativa del barrio está dispuesta al diálogo con la ciudad y sus instancias; más aún, no sólo lo anhela sino que está preparada para ese diálogo porque en su condición de mediador lleva en sí en alguna medida a la ciudad. Quienes se niegan al diálogo son los que absolutizan las culturas dominantes de cualquiera de los modos arriba indicados.

#### ***4.4. Se está abriendo camino un verdadero diálogo intercultural***

Sin embargo, gracias a Dios, sí hay gente de la cultura criolla modernizada y de la cultura occidental mundializada que considera que en el barrio habitan personas conscientes, capaces y abiertas, con las que puede entablarse un diálogo permanente, tanto en orden a la optimización de los barrios como territorios que propicien la humanización de sus pobladores, como en orden a que el país como conjunto se democratice realmente.

La izquierda en un tiempo penetró con cierta consistencia en algunos barrios. Pero no propició un verdadero diálogo intercultural, porque, como ilustrada que era, consideró que lo que había en el barrio era atraso e incultura

y por eso, en vez de inculturarse en el barrio, desgajó a sus militantes de la cultura suburbana asimilándolos a un socialismo más o menos acriollado, subcultura de filiación occidental. Eso mismo hicieron con sus comités de barrio y las asociaciones de vecinos los partidos del status porque nunca consideraron a los habitantes del barrio como sujetos adultos, como seres culturales, sino como clientes, y a lo más como candidatos a ciudadanos, en el doble sentido de habitantes de la ciudad y de componentes de una comunidad política. También la Iglesia en su pastoral de barrio se propuso inicialmente y todavía hoy se propone mayoritariamente extender hasta esas zonas marginales sus instituciones de servicios religiosos y sociales. En este esquema los pobladores de barrio eran meramente usuarios habituales o esporádicos de sus servicios. Los más asiduos se convertían en gente de la iglesia o del colegio, es decir personas que en esos niveles dejaron su cultura y asumieron la de los promotores. Dejaron el catolicismo popular y asumieron el de la institución eclesiástica o dejaron el de la cultura suburbana y asumieron la criolla modernizada.

Quienes en Venezuela primero entablaron relaciones horizontales y mutuas con habitantes de barrios fueron aquellos agentes pastorales (sobre todo religiosas y religiosos) que se metieron a los barrios a dar testimonio, como se decía, es decir, a compartir la vida con sus moradores como un compromiso solidario. En el argot del concilio Vaticano II que propició esta corriente, esto se llamaba encarnarse. Las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano de Medellín (1968) y Puebla (1979) profundizaron esta dirección, pero no ya como extensión al barrio de la institucionalización vigente sino como superación del colonialismo interno desde el reconocimiento de la condición de sujetos culturales y espirituales de sus pobladores. Sólo estimulando y favoreciendo sus organizaciones de base sería posible democratizar las instituciones públicas y por tanto, llenar de contenido las formas democráticas y alcanzar así tanto la justicia social como el desarrollo integral.

A pesar de este horizonte, la mayoría de los agentes pastorales que se encarnaron en los barrios tenían tan arraigada su superioridad cultural que más que entablar un verdadero diálogo, en contra de su ideario, lo que hacían de hecho era promover y organizar según sus propios patrones culturales. Sólo cuando estas personas, relegadas por la dirección dominante de la institución eclesiástica y hostigadas por los sectores dominantes de la sociedad y por tanto, en crisis objetiva y no pocas veces también subjetiva, fueron

ayudadas eficazmente por gente popular, que les brindó compañía cualitativa y así esperanza, descubrieron en la práctica la condición de seres espirituales y culturales de esas personas con quienes generosamente habían echado la suerte. Habían venido a ayudar y recibieron ayuda. Esta experiencia inesperada de reciprocidad les llevó a relativizar realmente su propia cultura y a abrirse por eso al diálogo intercultural. Ya no eran los bienhechores. Ahora daban y recibían en una reciprocidad de dones que los humanizaba.

He desarrollado esta experiencia porque me parece paradigmática. Si de algún modo no se ha pasado por ella, no es posible entablar un diálogo intercultural con los que socioeconómicamente están abajo.

Otro gremio que, aunque minoritariamente, ha entrado en esta dirección es el de los arquitectos. El estereotipo de los barrios es el caos urbanístico y la tugurización deshumanizante. Pero en nuestro país ha habido grupos de arquitectos que, haciéndose cargo de las dificultades tanto subjetivas (penuria económica y amateurismo profesional) como objetivas (terrenos en pendientes muy pronunciadas, o en zonas pantanosas o de arcillas expansivas y en todo caso sin ningún estudio ni servicio previo), que propiciaban el caos y el amontonamiento, han sido capaces también de captar que a veces las soluciones técnicas fueron ingeniosas, otras sorprendentes, y que en algunos casos se lograban incluso ambientes hermosos. Fuera de Caracas y alguna población andina es un hecho bien visible que los barrios urbanizados por la gente están muy arborizados, permiten expansiones a medida de las posibilidades y necesidades de la gente y componen hábitats mucho más humanos que los construidos por los gobiernos, que resultan, fuera de algunas excepciones, conejeras asfixiantes en las que se dificulta mucho la convivencia e incluso la vida familiar. Esta visión matizada les ha permitido reconocer que en los barrios vive gente razonable y con gran capacidad de aprendizaje, seres, pues, culturales con los que se podían entablar procesos sólidos y profundos de mejoramiento.

Lo típico de los gobiernos había sido utilizar la construcción para premiar a los que les apoyaban. Esta concepción implicaba dos cosas: la primera que el barrio no podía diseñar, gerenciar, controlar y ni siquiera ejecutar las obras, que se decidían en el gobierno y se encomendaban a empresas amigas; la segunda, que como se trataba de premiar amigos, bien sea por el sistema de la subcontratación por el de la comisión, sólo una parte de los recursos asignados se empleaba en las obras con lo que estas no podían llegar a los niveles de calidad pautados, que ya eran mínimos.

Tomando en cuenta la perversión de este sistema clientelar, estos arquitectos proponen que los proyectos sean discutidos por los vecinos y controlados, gerenciados y ejecutados por ellos, constituidos en empresas con la corresponsabilidad de los organismos estatales y de ellos mismos. Con estas premisas se establecieron Consorcios, que, constituyendo al barrio en comunidad organizada y en empresas solventes, expresaron a nivel jurídico y operativo la corresponsabilidad entre el barrio, profesionales cualificados y comprometidos, y los organismos estatales.

Este proceso, que había sido rechazado por sucesivos gobiernos que no podían desprenderse de sus hábitos clientelares, fue aprobado por el gobierno de Chávez como la expresión más fehaciente de que el pueblo estaba tomando la escena pública como sujeto organizado. Sin embargo, tampoco él se encuentra cómodo con colectivos constituidos desde sí mismos, con consistencia y autonomía, y prefiere formar su propia clientela a la usanza antigua. Sin embargo, tenemos esperanza de que este proceso apenas en ciernes vaya encontrando cauces y dando de sí.

Como se ve, también en este caso, la posibilidad de entablar un diálogo intercultural pasa por la desabsolutización de la propia cultura, que se aviene a reconocer la calidad cultural de realizaciones de personas tenidas hasta entonces como carenciados, aunque se considere que su negatividad no se debe a culpas propias sino a nuestro poco desarrollo como país o a un estado de injusticia estructural que impide su desarrollo.

He puesto dos ejemplos que me parecen especialmente relevantes y significativos. Pero es claro que también podríamos hablar de abogados, pedagogos y otros científicos sociales que han logrado superar la relación ilustrada y abrirse a una relación intercultural realmente mutua y por tanto enriquecedora para ellos tanto como para el pueblo e incluso constituyente, es decir que abre desde dentro la propia persona y cultura a nuevas posibilidades más humanizadoras. Sin embargo es preciso reconocer que este tipo de relaciones, aunque muy promisor, es aún minoritario y no logra hasta ahora constituir un ambiente y menos todavía una cultura de diálogo. Aunque hacia eso vamos.

## 5. QUÉ ES DIALOGO INTERCULTURAL

Con estos desarrollos se va desvelando también lo que entiendo por diálogo intercultural. Ordinariamente los referentes de este diálogo son viajes de exploración, de estudio, de contacto con otras culturas o la asistencia a espectáculos folklóricos o a exposiciones de objetos de otras culturas o la lectura de documentos etnográficos o literarios o artísticos. Este tipo de acercamientos tiene de común que hay un cierto interés, una cierta apertura para comprender, una cierta simpatía humana, e incluso un gozo estético que puede entrañar dosis elevadas de admiración. Pero esos contactos son también desinteresados. En un doble sentido: que me interesa esa cultura y no mi interés, y que en el fondo no me interesa, es decir que son contactos que enriquecen pero no constituyen. Son también contactos más con productos culturales que con personas. Pero sobre todo, no son contactos en los que yo estoy en juego.

Sin embargo, en los dos casos apuntados, el diálogo intercultural toca aspectos medulares de la existencia de esas personas, de manera que en alguna medida ellas se van constituyendo a través de esos diálogos. No son, pues, diálogos de tiempo libre, no son hobbies, aun en el mejor sentido de esta palabra; ni siquiera son una dedicación generosa al margen de mi cotidianidad. Son relaciones en las que me implico y que me transforman, relaciones, no sólo privadas, sino públicas. Relaciones que transforman internamente mi cultura. De este diálogo intercultural estamos hablando.

## 6. PERTINENCIA DEL TEXTO CONSTITUCIONAL

En este sentido preciso afirmo que es bueno, es deseable, es imperioso para el país “establecer una sociedad multiétnica y pluricultural en un Estado de justicia”, como reza el texto constitucional. Claro que somos una sociedad multiétnica y pluricultural. Pero en la práctica, al absolutizar la cultura criolla modernizada, y la occidental globalizada, no son reconocidas las demás. En este sentido no hay en Venezuela un estado de justicia. La falta de reconocimiento entraña una privación injusta. La consecuencia de esta injusticia es la inhumanidad de los que la realizan, y el abandono que dificulta mucho adquirir elementos para vivir y que induce al autodesprecio y la deshumanización de los que la padecen. Por eso la Constitución aboga por

un Estado de justicia que en la práctica reconozca las culturas dominadas y a sus sujetos.

Esta acción del Estado debe expresarse en la educación, que desde las ilustraciones de libros y carteleras hasta los estereotipos, y sobre todo desde la aceptación de su propio ser cultural por parte de los docentes hasta los contenidos, debe ser multiétnica y pluricultural. Debe expresarse en la salud que tiene que establecer los patrones de normalidad característicos de cada etnia, como también los factores de morbilidad a que es más proclive cada una. Debe expresarse en las policías que hasta hoy han sido inducidas a considerar sospechosos a los de las etnias y culturas dominadas, a los que pertenecen ellos mismos, y a no meterse con los de las dominantes. En las cárceles, que mantienen en estado subhumano a los que pertenecen a etnias y culturas subalternas. En los jueces, que pocas veces condenan y menos aún meten a las cárceles a los de las culturas y etnias dominantes. En todos los entes burocráticos, que tratan con poca consideración a unos y privilegian a otros que consiguen sus documentos por cauces extralegales. Debe expresarse en los presupuestos de obras públicas que se dirigen en su casi totalidad a las zonas que frecuentan unos y que descuidan aquellas donde residen los otros, que, no lo olvidemos, son la mayoría de los ciudadanos.

Por esta enumeración sucinta queda claro que no sólo no tenemos un Estado de justicia, sino que no es muy claro que las etnias y culturas privilegiadas quieran renunciar a sus privilegios, ni que las subalternas tengan clara conciencia de sus derechos y estén dispuestas a luchar sin cuartel para lograrlo.

Un Estado de justicia no es capaz por sí solo de lograr que el país se ponga en un estado de justicia. Es imprescindible el concurso organizado de los ciudadanos. Pero es difícilísimo que éstos caminen progresivamente en esta dirección si no hay un Estado firmemente empeñado en lograrlo. Por eso comencé diciendo que este texto constitucional, realmente nuevo, expresa una dirección irrenunciable para el país, si quiere ser viable y medianamente humano.